

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8221

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.

Martes 2 de Abril de 1889

SUGERCIÓN

Al leer de estos versos el primero,
Con suave placer te dormirás
Y sin perder la vista, en el tercero,
EL BARCO DE VALENCIA encontrarás.

Probarás su café, su chocolate,
Su té, sus dulces, todo en conclusión,
Y sa ras como no es un di-parate
El premio que ganó en la Exposición.

Y al despertar, gozoso y sosegado,
Jurarás por tu honor hasta morir,
Que no probarás nunca de otra marca
Que la que probastes al dormir.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

CRITICA LITERARIA

FRUTA DEL TIEMPO.

Versos alegres del comandante de artillería D. Carlos Cano, precedidos de una carta de D. Manuel del Palacio.

IV

Sin entrar, Cano amigo, en el examen de las obras dramáticas del Sr. Echegaray (don José), efínome á repetir ahora, en forma diferente, pero con la misma esencia, lo que dije acerca de tan respetabilísima personalidad, primero en «El Pueblo Español», al elogiar lo que tiene de bueno «El gran Galeoto», y después en la «Revista de España».

Creo que la escuela del Sr. Echegaray morirá con él.

Solo la mantienen, dije y repito, los destellos de su genio, de tal modo potente, que sobre cualquier asunto, de actualidad, ó del tiempo de Maricastaña, sobre el Diluvio Universal, como sobre la peste de Otranto, es capaz de concebir cien situaciones de primer orden, ora tiernas, ya trágicas, y mil pensamientos originales, que poner en boca de los personajes.

Mas para llegar á esas situaciones y á esos pensamientos, únicos trabajos en que se digna fijar su atención, toma cualquier senda, ó cualquier trocha, y no se cura ni de la realidad de los individuos, ni de los sucesos, ni del interés del argumento, ni de las reglas, ni de la pureza del lenguaje.

Gran ingeniero siempre, no desciende jamás á la línea del albañil.

No hay más sino que los ingenieros literarios hacen que hacerlo todo: inventar el dibujo, unir el calamaro y bordarlo con las lanas ó con las sedas, de las tiendas de nuestros días.

Es más sabio que artista; tiene más inteligencia que sentimiento; conoce mucho mejor los secretos de la ciencia, que las májias del espíritu; escribe más con la cabeza que con el corazón; y así asombra, pero no conmueve; desata los nervios, pero no las lágrimas; quiere, por último, con su poderoso talento, realizar un imposible: sacar de su cerebro bellezas del arte, como quien traza una vía ferrea ó inventar un prodigio de la mecánica.

Dobo advertir á Vd. antes de pasar á sus «versos alegres», que mis ídolos, entre los escritores dramáticos españoles, no lo son por su manera de pensar, sino por su modo de sentir y de hacer; más claro, en calidad de artista y de literato.

Estoy muchísimo más cerca del Sr. Echegaray, como pensador, que de D. Manuel Tamayo; y sin embargo, en concepto de obra de

arte, hallo superiorísimo al «gran Galeoto» de Tamayo, «La bola de nieve», al «gran Galeoto» de D. José Echegaray, no obstante sus finales de los actos segundo y primero, que á pesar de la falsa creación del segundo, son dos hermosuras.

En realidad «El gran Galeoto» del Señor Echegaray debería llevar por título «El sentido común», pues lo que demuestra es, cómo la carencia de él, más que el rumor público, pierde á muchos matrimonios.

Cuando allí comienza el verdadero drama es al caer el telón después del último acto, al dejar planteado el problema payoroso de que la más buena de las viudas, al quedarlo sin hijos y sin gananciales, puede ser plantada en la calle por los herederos, canallas acaso, y enemigos quizá, del difunto marido.

Como el Sr. Echegaray no aborda los problemas sociales de su tiempo, sino que actúa dentro del absurdo que se llama «el arte por el arte», su fecundidad es tanta, que si cual los periódicos anuncian, ha concluido un nuevo drama con el título «Manantial que no se agota», él debe ser el protagonista.

Los «versos alegres» que forman el tomo «Fruta del tiempo» son chispas de ingenio, sátiras, ó solo donaires, disueltos en granos de sal y vestidos de letras.

Su belleza estriba en el aire de candor de los pensamientos, en la naturalidad de la expresión y en la soltura de la forma.

Sin un chispa rebuscada ni de mala ley, ni aun en las poesías cuya gracia surge de la sorpresa final, como en los inolvidables sonetos de Manuel del Palacio, el cual prohibiría de seguro los de Vd., y cortas además las composiciones, resulta que todas dejan una impresión feliz en el ánimo, y se acaba el libro tan sin empalago, que sabe á poco, y al concluirlo de un tirón, dicen de Vd. los lectores lo que yo te dejo ya dicho acerca de su derrochar número, agudeza y gallardía, en asuntos triviales.

«Fruta del tiempo» es además huela sangrienta de las poesías del género cursi, que ya no tiene nadie por dicha, ni aun los papás del autor, la valentía de leer, y que si por rarísimo caso, hay un héroe aburrido que á tanto se atreva, concluye por odiar el amor, las flores, los astros, los arroyos, el céfiro, las estaciones, los pájaros, las piedras preciosas; el día, la noche, la patria y la familia.

Vd. ha dado á ese poetambre, á esos niños de la «deplorable facilidad», á esos ángeles precoces causa justísima de que sea ley en todo el periódico formal no publicar versos, el golpe de gracia, explotando de burlas con tal maestría, los temas amorosos que solo se pueden aguantar, sopados en sérip por la musa, de siglo en siglo, y de las plumas de Zorrilla, Becquer y Espronceda.

Las trovas que al compás de la lira endereza Vd. á la señora de sus pensamientos, son al tenor de las siguientes recetas contra el tedio:

«Porque te llamé bonita
un beso me diste anoche;
págame en esa moneda
aunque no salga de pobre!»

«El hoyo que hay en tu cara
me tiene de amores loco,
y cada vez que lo miro
quisiera ser hombre el hoyo.»

«Llévate en piso cuarto
pero en vano te remontas,
por muy alto que te subas
no llegarás á la gloria.»

«A la puerta de tu casa
me puse á considerar

lo que han subido las fincas
de algunos años acá!»

«De valer más que la aurora
presume Aurora y no en balde;
aquella es aurora á secas
y esta es Aurora Fernández.»

Cuando la niña del piso cuarto le dió á Vd. calabazas, compuso Vd., sin duda, el soneto peregrino:

«No te guardo rencor si falsa un día
olvidaste por otro tu promesa...»

que acaba con los tercetos:

«También perdono tu sonrisa bravia
que es del desprecio la expresión más clara
é imagen fiel de un corazón de nieve;

perdono que tu pecho me olvidara
pero no te perdono, niña aieve,
que lleves tantos polvos en la cara.»

De las poesías de «Fruta del tiempo», la carta íntima titulada «Desde Alhucemas» es quizá la que más corrobora mi juicio sobre los «versos alegres» y la que dá más cumplida idea del carácter, del estilo y de la facilidad del escritor Carlos Cano. Seguro de que cuantos las lean me lo agradecerán, voy á reproducir algunas estrofas de ella, y adviértase que es quizá de las primeras composiciones de Vd., pues era Vd. teniente muy moderno cuando estuvo destacado en Alhucemas con parte de una compañía del 3.º á pié, donde los dos servimos, de guarnición en Cádiz.

La carta se dirige á una dama incógnita, y empieza Vd. por decirle que no llora su destierro, pues no lo pasó Vd. mal «vis á vis» de los moros, en aquella roca, la cual

Aunque está por las olas combatida,
brinda paz octaviana,
y en ella cada cual pasó la vida
como le dá la gana.

Sin tender la mirada á otros confines,
se halla placer sin cuento
mirando como surcan los golfines
el líquido elemento.

Nadie aquí vive de la moda esclavo,
que no es menudo ahorro;
el traje de etiqueta es el achilavo,
las babuchas y el gorro.»

Y sin nublar la paz que aquí se siente
la política gresca;
resignada y feliz vive la gente,
dedicada á la pesca.

En tus cartas los celos adivino,
mas son celos en vano;
lo que hay aquí de sexo femenino
es bastante mediano.

Goza fama una tuerta, entre esta gente,
de ser una gran cosa,
y si horrible es la tal vista de frente,
de canto es horrorosa.

A un moro que comercia en jabalies
la hago preguntas varias,
y me suele contar de sus hufes
cosas extraordinarias.

De seis mujeres el amor sin tasa
y las caricias cobra;
y entre nosotros, todo el que se casa
una tiene y le sobra!

Mas no extraño que el moro hufie atravesar
entre rufías y mugros,
lo que me causa asombro es que esté vivo
cuando tantas cosas...

También escribí Vd. por entonces las poesías que figuraron en el tomo, una con el título «Paz y Rosa», y con el de «Amoríos» la que, en la carta refiere Vd. á Vilebta la historia de sus devueltos amoríos, no todo felices, pues leo:

Vine á Cádiz y tiemblo el recordarlo!

amé á un ángel del cielo,
que, á la vez que conmigo, tuvo amores
con varios caballeros.

Paz, Rosa y Vicenta son nuestras excelentes amigas, hijas Rosa y Paz, y viuda Vicenta, del inolvidable coronel Ruiz Jimenez, á la sazón comandante de artillería de la isla gaditana.

¡Qué tiempos tan venturosos, querido Cano! ¡Qué balcón aquél de mi antiguo pabellón, frontero á Rota, en el cual me leyó Vd. algunas de las poesías que hoy quiero juzgar en vano con los ojos secos! ¡Qué Alameda del Perejil, donde vimos nacer la «Velada de los Angeles» bajo la misma tienda los artilleros y los socios del Casino! ¡Qué belleza incomparable la de la gran baba, una mañana espléndida de aquellas en que como dice Victor Hugo, el cielo está formado de un solo záfiro, sin que turben la serenidad del mar sino, allá por las Puercas, las bandadas de gaviotas que revolotean sobre las ondas y graznan de codicia por devorar con sus recios picos los pescadillos que suben á la superficie, atraídos por los torrentes de las olas! ¡Cómo me acuerdo del pabellón del patio, con sus tananas al pino, que nos servía de comedor y que fue durante algunos años templo de la más fraternal de las amistades y de la más feliz de las alegrías! Allí nos sentábamos á la mesa mañana y tarde y algunos se fueron ya Zuleta, Pidal, Arcos, Padiny Ballinas, Ponce, Cologan, Pancho Herrero, Sánchez Mira, Salazar, Provedo... y aquel queridísimo Temprado, héroe glorioso asesinado villanamente por las malditas fieras del fanatismo. Nuestro presidente inamovible, con la cartera de Hacienda á la cabeza, el más formal de todos, Pepe Arcos, y del total ejercía el asistente de Luis Pidal, el bueno de Freire, que después de tantos años á todos nos conserva inmenso cariño. Su «chef d'œuvre» eran los riñones en salsa, y los días festivos solía sorprendernos con uno de los que llamaba él, sin excepción, «platos montados», aun cuando fueran antillas, y en los cuales no faltaba nunca el golpe de huevos fritos, con salpicadura de guindas confitadas. ¡Qué días, vuelvo á decir, ó más bien, que años nuestros aquellos tan dichosos, amigo D. Carlos! ¡Qué lástima que para los viajes de ayer á hoy no haya billete de vuelta!

Concluyo este artículo dando á conocer á los lectores del Diario algunos de los saladísimos epigramas de Frutas del tiempo. Hé aquí dos para los usureros:

Se trajo por distracción
un avaro un napoleón,
y el nombre de angustia llevo
al sentir la indigestión
mandó llamar á un galeno.
Trás vomitando vió
al doctor con sus recetas
la salud le devolvió,
pero solo consiguió
que arrojara tres pesetas!

El usurero Macario,
dentro de su alacena encierra
un caudal extraordinario,
y dice siempre y no se
que todo su dinero es su alacena.
El conserje de la estación
cuyo equipaje se perdió, dice:
Al sacar de la estación
de una villa de Aragón
su mundo, Facundo Río,
notó con indignación
que estaba el mundo vacío.
Al jefe acudió Facundo,
como las leyes previenen,
y el jefe dijo: ¡Facundo
que las cosas en el mundo